

SIN TACONES

Y ahí estoy yo, sentado, observando la inmensidad de las nubes mientras voy cruzando el cielo. En un momento de evasión, pienso en ella, pienso en que no hay días sin noches, no hay arcoíris sin sol, no hay metas sin desafío... Si miramos más allá de nuestros prejuicios, si somos capaces de analizar sin esas brechas invisibles que nos quiere dictar la sociedad, encontraremos una multitud de equilibrios fundamentales. Seremos capaces, tal vez, de entender que el mundo se basa en una complementariedad donde cada uno aporta el don que les dieron: un hombre valiente, fuerte y con determinación de éxito visible y una mujer capaz de sostener en silencio un castillo lleno de obligaciones. La voz sigilosa de una gran mujer unida al grito de un hombre, luchando juntos por un mismo interés: el desafío de la vida.

No hay mujeres cuyo hogar sea únicamente una estancia llamada cocina. Hay mujeres que llenan cada uno de sus platos de un ingrediente secreto, amor. No hay mujeres que nacen para cuidar a su familia, hay mujeres llenas de empatía, que desarrollan lo que la naturaleza les dio: la capacidad de cuidar de su hogar y de sus seres queridos, desplegando sus alas, abarcando más allá de lo que pensamos que es capaz. Y entonces empiezan los estereotipos, cuando, por su género, se considera a la mujer inferior a un hombre: cuando se la humilla públicamente, cuando la ideología sobrepasa la lucidez, cuando pensamos que ella pesa menos en la sociedad... Pero recuerda que esas heridas son silenciosas, que ellas luchan incansablemente y trabajan, dejando que su éxito sea el reflejo de sus luchas.

Ellas están presentes en todos los frentes, en cada rincón. Bajo un hogar siempre encontrarás esa mujer llena de amor, alas invisibles que te arropan, su esencia en cada estancia, luchando por su vocación y sus derechos. Y, en el medio de unas turbulencias, me pregunto por qué no entendemos que no hay vida sin equilibrio, que el hombre y la mujer no son dos guerreros, sino que son dos almas complementarias que, uniendo sus lazos, serían capaces de sostener un mundo mejor donde el respeto sea la clave; en el que uno aporte fuerza y carisma y el otro, lo llene de sabiduría y protección. Ese día, habremos ganado lo que muchos piensan que es una guerra de género. Ese día, será el inicio de una nueva era, la de dos seres que por su complementariedad construirán un futuro mejor.

No nos falta tiempo, nos falta conciencia.

Mi abuela me decía que a una mujer no le hacía falta ponerse tacones para estar a la altura de un hombre. Cuando la recuerdo con amor incondicional, le digo en voz baja: “cuánta razón tenías, abuela, una mujer sin tacones siempre estará a la altura de un hombre”.